Turismo/12

Una región sin medias tintas que cautiva por el estado de preservación de sus bosques, costas y sabanas. Una Amazonia en frasco chico

Costa Rica

La selva más frondosa y la sabana más fascinante. Ríos caudalosos y volcanes en actividad. Playas en el Atlántico y en el Pacífico, cada una de ellas con sus características propias. Cocodrilos y tortugas gigantes. Por esas cosas, Costa Rica es mucho más que una "costa rica". Este país centroamericano ofrece el espacio para unas vacaciones fuera de lo común, condimentadas con la especial hospitalidad de los "ticos".

PLAYAS, SELVA, VOLCANES Y RIOS

Algo más que una Costa Rica

(*Por Juan Almamegretta*) Estamos en el bosque lluvioso, en la *rainforest*, como muchos la conocen. Un manto de neblina que cubre el intenso verde de las hojas. Copas de árboles que buscan el cielo sin cesar. Un grito salido del alma espanta a las aves de sus nidos. Una chica de rojos cabellos acaba de hacer un tiro de *canopy*, la última de las extravagantes creaciones *pura adrenalina* que los costarricenses acaban de inventar. Quizá para imitar la sensación que sólo pudo haber tenido Tarzán, pero a través de una tirolesa, el canopy hace volar los cuerpos entre los puntos más altos de los frondosos árboles de la selva de Monteverde, al noroeste de Costa Rica.

Estamos en un país en donde sus habitantes dejaron de ser costarricenses para pasar a llamarse *ticos*. Para regocijo de sus interlocutores, la palabra tico resulta más fácil de pronunciar. Dicen que su origen está en la costumbre que tienen de usar diminutivos para llamar a las cosas. Sin embargo, existe una palabra a la que los ticos rehúsan colocarle diminutivo y es *democracia*, demasiado grande y sabia en Costa Rica porque rigió la vida del país ininterrumpidamente desde su nacimiento.

Estamos en un país donde se puede permanecer cara a cara con animales salvajes. Geográficamente pequeña, Costa Rica posee grandes áreas protegidas. Inclusive muy cerca de donde se hallan situados los más importantes centros turísticos del país como Guanacaste, Jacó o Manuel Antonio. Un país que no necesita de las fotos de playas y palmeras para que los de afuera noten que se trata de un sitio imperdible. Costa Rica se puede ver en gran angular, no tiene nada que ocultar. En sus 360 grados hay sonrisas que responden, semillas de café que empujan la tierra aunque el agua de la última lluvia apenas moje los granos.

Estamos en un país que está preparado para acallar el llanto de los sudamericanos más nostálgicos. Muy cerca de San José de Costa Rica se hallan Santiago, San Pablo y un poco más lejos, camino a Panamá, Buenos Aires, las tres en tamaño pequeño y mucho más rurales que sus sucursales de la América austral. Tampoco falta el pancho; en la playa de Jacó, sobre el Pacífico. Lo prepara un argentino con salchichas venidas de Toronto.

Estamos sobre el mar Caribe. Lluvioso. Húmedo. Sofocante. En un parque nacional que conserva su flora y su fauna de una forma inclusive más agreste de lo que estaba en la época de la conquista. Las más gigantescas tortugas del mundo lo adoptaron como el lugar ideal para reproducirse en escala. Tanto la verde, como la carey o la baula, se reparten las playas para subir su enorme cuerpo a la arena, cavar un pozo profundo y colocar cientos de huevos por movida. No obstante, a las crías no las ampara la misma legislación que a sus progenitores porque al nacer es cuando tienen más posibilidades de morir, acechadas por las gaviotas y los cangrejos, en *la ruta de la supervivencia* que las lleva hasta el agua. De noviembre a marzo y del otro lado del istmo centroamericano, en el Parque Nacional Baulas de Guanacaste, las tortugas emigradas de las Galápagos también *pocean* la playa en las noches de luna no sólo por respeto de los que disfrutan del sol durante el día sino por hábito propio.

Estemos donde estemos en Costa Rica, si la quietud gana el cuerpo es porque el descanso, y nada más que eso, es el único objetivo del viaje. Caminar no lo es todo. Navegar cae de gracia. En el río Tempisque del Parque Palo Verde, los botes con techito de lona acarician el cuerpo de los cocodrilos que se asolean en la ribera y su andar silencioso no altera la tranquilidad de las iguanas que trepan, con su prehistórico modelo corporal, las ramas de árbol que penden sobre el agua.

Estamos lejos de la playa. En Costa Rica. Estamos caminando entre volcanes con la lava saliendo de sus laderas. Las playas aún esperan el comentario. Poás, Irazú, Arenal, los más despiertos, están *al toque* de San José. El Irazú es el sitio que un fierrero elegiría para un suicidio acorde porque la carretera llega hasta el mismo borde del cráter, cubierto de un verde lechoso. El macizo del Rincón de la Vieja, en la región de Guanacaste, tiene identificados nueve puntos eruptivos, contiene lagunitasde lodo burbujeante y emite chorros de vapor por cada huella de zapatilla que se marque en su terreno.

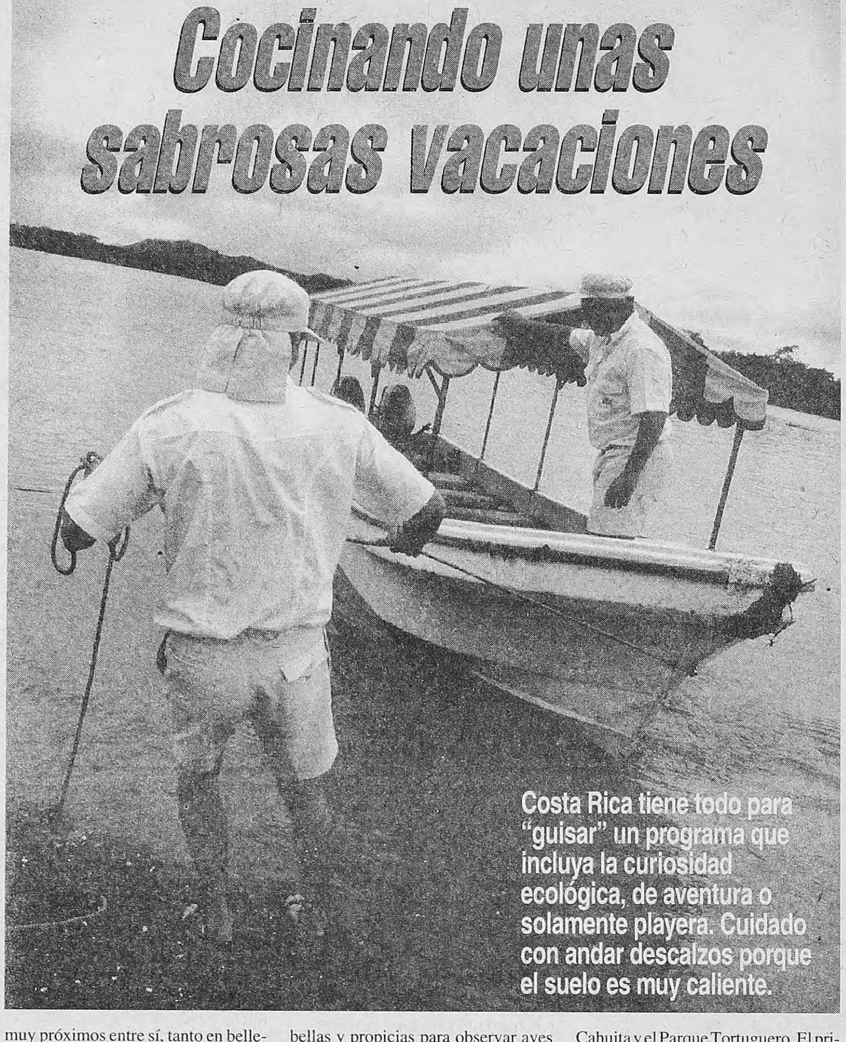
Estamos en Costa Rica con los *ticos*. Incansables servidores. Salvajes sobre cuatro ruedas, corteses y tiernos cuando el motor cesa el rugido. Sin resistencia, los filibusteros que invadieron el territorio cerca de la frontera con Nicaragua en 1854 habrían retrocedido de haber conocido la nobleza del pueblo tico. O sus carretas ornamentales. Pintadas como si fuesen macetas de un cuento de niños, son más que un orgullo nacional, las nombran con gozo. Nada tiene de irrisorio ni de difícil comprensión, la devoción que tienen por el *gallo pinto*, la comida más popular, que simplemente reparte en partes iguales arroz con frijoles, estemos donde estemos en Costa Rica.

Los "ticos" en confianza

Con el arribo del avión al aeropuerto de San José de Costa Rica las angustias se distienden. Y no sólo porque un *tico* confianzudo se anime a tutear emergiendo el vos en lugar del tú, o porque el fútbol sea el deporte más popular, sino porque en Costa Rica las situaciones resultan ser bastante lógicas. A poco del aterrizaje, Costa Rica se ocupa de que los visitantes alivien sus tensiones. Lo reciben bien y, a las dos horas, le están contando la intimidad de vida de sus habitantes, mostrándole la fachada de la casa de Oscar Arias, ex presidente y Nobel de la Paz, o comentándole el resultado del último clásico de fútbol entre el Alajuela y el Saprissa. Y nada que haga que la amabilidad de los ticos agrade ni su obstinada organización de las cosas le quita al país belleza, asombro y el carácter fuerte que significa ser latino en medio de una región caliente, la de América Central. El sabor centroamericano se percibe enseguida, cuando junto a la ruta Panamericana aparecen las primeras plantaciones de café o cuando un enorme camión de bananas Dole se dirige al puerto de Limón sobre la costa oriental. Costa Rica, claro, es un país americano aunque la organización de la sociedad esté recreada a la europea. La vida se planifica, los recursos se destinan bien, y los resultados están a la vista.

El suplemento
Turismo/12
está realizado por
Salinas Torre & Asoc. S.A.
306-9110

Cocinando unas sabrosas vacaciones



Costa Rica tiene todo para "guisar" un programa que incluya la curiosidad ecológica, de aventura o solamente playera. Cuidado con andar descalzos porque el suelo es muy caliente.

No hace falta llevarse una olla a Costa Rica para hacer madurar una estadía placentera. Está casi todo cocinado. Pero si se necesita, la alta temperatura de los volcanes costarricenses es un excelente puchero para colocar los mejores ingredientes; sólo resta elegir en cuál.

En el volcán Irazú, el más alto del país con 3.432 metros, la temperatura no llega a los 100 grados, pero la emisión de gases y vapor de agua del colorido cráter ayudan. El Rincón de la Vieja, que ha tenido hace sólo cinco años una erupción de ceniza, está acompañado de otros ocho focos volcánicos destacándose el Von Seebach y el Santa María, en cuyo cráter se ubica una laguna rodeada de vegetación siempre verde.

Otro, el Arenal, es un espectáculo recién activado en 1968 que ni siquiera se alteró en las épocas de la conquista y que todavía hoy arroja lava sin detenerse, a la vista de todos. El volcán Poás, a 47 kilómetros de la ciudad de Alajuela, es uno de los más activos de Costa Rica. Presenta dos cráteres. Uno de ellos frío y el otro hirviente y lodoso.

Igual hay que moverse con tranquilidad porque los más estremecedores pueden enfriarse cuando los rugidos ganan el cuerpo con un escalofrío.

En cuanto a los ingredientes, en Costa Rica hay de toda clase. Las playas son uno de los más sabrosos. Pero vienen acompañadas de parques nacionales, ríos y áreas verdes espesas o sabanas extensas. En el noroeste, el Parque Nacional Santa Rosa se sitúa en la sabana, posee pantanos, playas y una casona de interés histórico donde se acantonaron fuerzas que enfrentaron a filibusteros.

Las playas Hermosa y del Coco tienen forma de herradura y se rodean de suaves colinas en su entorno. Más al sur la playa Ocotal, cargada de iones negativos, posee arenas claras y conglomerados de roca. Playa Blanca, el Parque Nacional Baulas de Guanacaste y playa Tamarindo se hallan muy próximos entre sí, tanto en belleza como distancia en la península de Nicoya, sobre el Pacífico. No muy lejos, el Parque Palo Verde es un conjunto de pantanos, planicies y canales meandrosos. En la misma zona, las cuevas se abren paso en el Parque Nacional Barra Honda.

Al sur de la Bahía de Nicoya, las playas Carrillo, Camaronal e Islita son bellas y propicias para observar aves marinas. De fácil acceso desde San José y de gran atracción, las playas de Jacó y Herradura permiten hacer largas caminatas a pie por su extensión. Más al sur, el Parque Manuel Antonio posee lagunas, manglares y refugios insulares para la fauna silvestre.

Sobre el Caribe, dos imperdibles lugares son el húmedo y cálido Parque Cahuita y el Parque Tortuguero. El primero está rodeado por un arrecife de coral y es muy rico en fauna y flora.

Como condimentos: rafting, buceo, canopy tour, bungee jumping, observación, cabalgatas, la ciudad de San José con su teatro nacional, Cartago con su espectacular templo católico y mucho más. Todo picante.

El peso del colón

Las últimas devaluaciones del colón, la moneda local, han venido favoreciendo a los extranjeros que visitan Costa Rica. Al día de hoy se paga un dólar por 215 colones costarricenses. Una bebida gaseosa se consigue por 70 centavos de dólar mientras que por una botella de cerveza imperial hay que desembolsar un billete de color verde. Un café son 75 centavos, un viaje en taxi desde un hotel céntrico hasta "El Pueblo", la zona de la noche en San José, 4 dólares. Una entrada a una discoteca va de 3 a 4 dólares.

En cuanto a las excursiones, una de tres días al Parque Nacional El Tortuguero se debe abonar 230 dólares con todo incluido. Al volcán Arenal, desde Jacó o San José parando durante el día en un centro termal, cuesta 70 dólares y al volcán Poás, 52 dólares, pasando por zonas cafeteras y Sarchi, un pueblo donde se trabajan las artesanías en madera. De aventura, un rafting clase III por el río Reventazón está costando 70 dólares.

Desde Buenos Aires, se paga por 13 noches repartidas en San José y playa Jacó desde 1.312 dólares en hoteles tres estrellas, con aéreo desde Ezeiza y excursión al volcán Irazú. Los vuelos de línea, que aún no poseen servicios directos a San José, están a cargo de Lacsa, vía Santiago de Chile, y Viasa, vía Caracas. Viajar desde San José a Managua por micro –boletos en San José por el teléfono 221-8954– cuesta alrededor de 10 dólares, a San Salvador 28 dólares, y a Tegucigalpa, capital de Honduras, 20 dólares. No se requiere visa para ingresar al país.



Aruba recrudece un turismo refinado

Son países de independencia reciente. Son islas, están en el Caribe y tienen escasa extensión. Una de ellas, Aruba, tiene 32 kilómetros de longitud y forma un conjunto con Bonaire y Curaçao, la isla que embriaga de emociones. En Aruba, que perteneció a las Antillas Holandesas y donde se comunican con el papiamento, todos comprenden y hablan el inglés. Es una de esas islas en las que la inversión hotelera proviene de las grandes cadenas, las que, no importa en qué parte del mundo estén, se llaman de la misma manera. Los cruceros de grandes curvas y suntuosos suelen pisar su costa como continuación de la fiesta iniciada a bordo. O al revés, quienes entran en calor en tierra se zarpan, aun estando cuerdos, para disfrutar de una cena *batida* o del momento más turbio del día.

Oranjestad es la capital de Aruba. Llama mucho la atención su arquitectura prolija, elegante y de madera color pastel con rebordes blancos. En el Harbourtown Market están los ingredientes justos para distraerse por un largo rato. La ciudad está situada en la costa suroccidental, la margen más protegida de la isla, a salvo de las fuertes ráfagas de viento que provienen del noroeste. En el Fort Zoutman, construido a fines del silgo XVIII, se aprecian objetos y ornamentos que proceden de la época en que los monarcas holandeses regían el destino de la ínsula, hasta no hace mucho tiempo. El bulevar L. G. Smith despierta de noche o no duerme jamás. Los *open* 24 horas ocupan parte de su vereda. Si todo anda sobre ruedas, un camión atestado de personas detendrá su marcha y por un rato, de improviso, armarán una fiesta en la calle no importando romper la atmósfera distinguida de la isla.

En las zonas más desoladas de Aruba, los árboles *divi-divi*, azotados por el aliento de las ventoleras, no cesan de aplicar energía para no caerse. Hacia el oriente y el norte de la isla se abre el paisaje más intrépido y alejado de la infraestructura turística, donde la arena vuela y tapa todo, incluso precarios caminos que atraviesan la isla de sur a norte.

Palm Beach, Eagle Beach y Divi Beach son la otra faceta de Aruba, la que se enajena hacia cientos de sucursales de turismo de todo el mundo. Allí están los enormes hoteles, casi pisando las blancas y preciosas playas de la isla, algunas de ellas consideradas las más bellas del mundo. Los hoteles son un universo aparte o casi el único cosmos existente en ciertas playas. Prácticamente nada hay que caminar para llegar hasta el borde del agua. Las megafiestas cobran ritmo en los salones de los resorts y los bolilleros de las ruletas giran a la par en decenas de mesas de la isla.

> Como parte de las Sotavento, esta isla es ventosa, pero con las playas situadas en una muy buena posición en el ranking de las "guapuras" litorales de todo el planeta. Un lugar elegido por los cruceros y las grandes cadenas hoteleras.

Mientras, los buzos PADI preparan para el otro día sus equipos de oxígeno y los windsurfistas afilan sus tablas esperando menguar las caídas de la jornada previa en tanto que las lanchas que arrastran un parapente reposan dentro de un galpón. En el norte el viento sigue soplando, arrastrando arena, como queriendo formar otra Aruba unas millas más cercana al territorio venezolano, hasta dar con él.

Los paisajes más desérticos de la región, llenos de cactáceas, reciben las ínfimas e incisivas lanzas de las piedrecillas que vuelan y corren a ras del suelo. Las olas golpean con furia. Su acción en el pasado fue intensa hasta dar forma al Natural Bridge, un puente espontáneo de coral erosionado. Cerca de allí, la localidad de Bushiribana, donde una mina de oro se ha transformado en simple hierro y escombros.

Al otro lado, la buena vida sigue su curso. Las aguas se mantienen calmas y no ocultan su tono verdeazulado. En la Manchebo Beach, el nudismo es una manifestación tibia desentonando con el cálido clima de la isla. En la Divi Beach, también en el extremo suroeste, algunos pocos bikinis se dejan caer sobre la arena empolvándose con el fino pero amplísimo apresto blanco.

Aruba es la más occidental de las islas del Sotavento e impresionante fue el movimiento que tuvo Oranjestad cuando poseía, además de la zona franca, la refinería de crudo más grande que pudo entonces existir hasta que se le cortó definitivamente el *chorro de crudo*. El complejo industrial está más allá de San Nicolás, en el oriente. De un lado los hoteles, del otro las factorías, los barrios y cafés frecuentados por marineros. De un lado sopla el viento y hacia el otro gana la quietud. Pero las cosas están como cortadas por una divisoria, no la del viento sino la del ahorro.

Por su parte, el oriente tiene sus playas. La Baby Beach y la Rodger's Beach son las que se encuentran más a mano de la península de Paraguaná, en el litoral de Venezuela. Playa aquí, playa allá. Diversión, aquí, allá..., allá..., siempre, especialmente en carnaval.